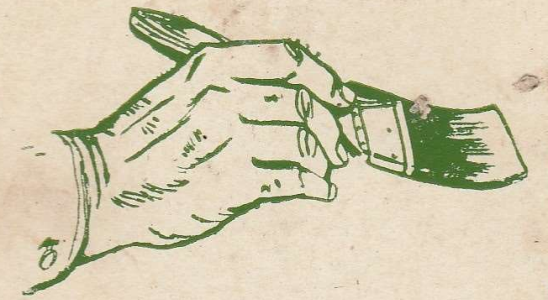
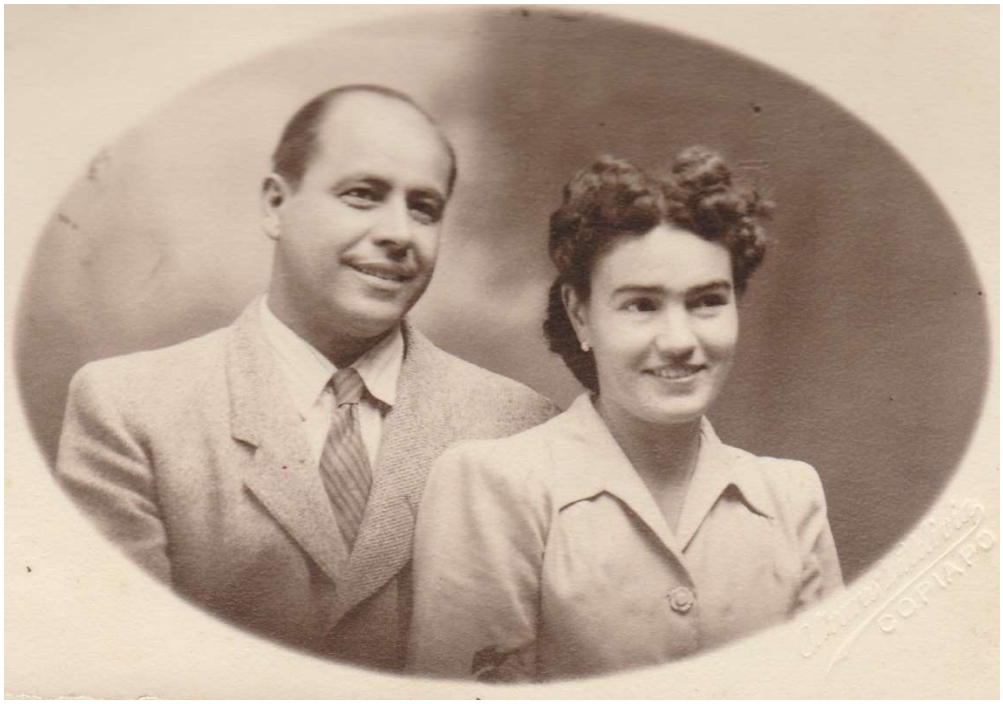
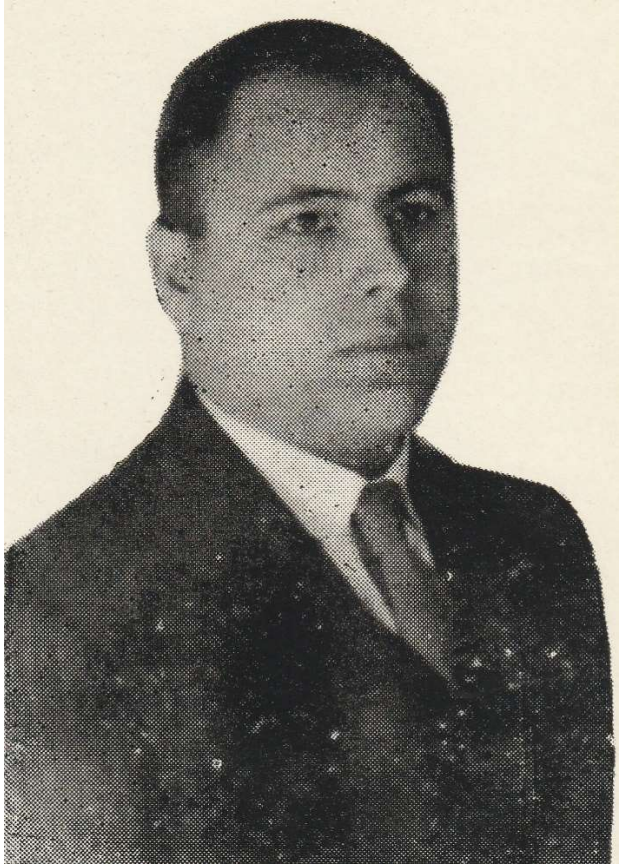
DE PINTOR
DE LOCOMOTORAS
A
MINISTRO
DEL
EVANGELIO
MANUEL ARRIZAGA DUSSUEL



DE PINTOR DE LOCOMOTORAS A MINISTRO DEL EVANGELIO

MANUEL ARRIZAGA D.


COPIAPO



DE PINTOR DE LOCOMOTORAS

A

MINISTRO DEL EVANGELIO

Manuel Arrizaga Dussuel

EDITORIAL EL LUCERO

Santiago de Chile.

AL LECTOR

La obra evangélica en Chile ha producido sobresalientes líderes. Muchos han muerto y aun no se ha escrito nada, de ellos. El problema de las editoriales es que sólo pueden publicar lo que alguien ha escrito.

La editorial evangélica "El Lucero", que por más de treinta años ha estado sirviendo al pueblo evangélico de Chile y de América, se complace en publicar esta obra sobre, la vida de un pastor, cuyo ministerio dirigido por el Señor, reviste caracteres especiales, pues tiene que ver con el desarrollo de la obra evangélica en tres zonas del país: el Norte Grande, el Centro y la región Austral.

Es la esperanza de esta editorial poder, dentro de poco, publicar la biografía de otros meritorios pioneros del Evangelio en Chite.

La Editorial.

CAPITULO I

En la cuna de los Grandes

El pequeño tren que hacía el recorrido entre Chillán y Recinto pasaba por la Avenida Ecuador de aquella ciudad. El maquinista se secaba la traspiración mientras tiraba la cadenilla que hacía pitar la locomotora, que resoplaba en su esfuerzo por arrastrar los coches del tren. Cuando faltaba una cuadra para llegar a la altura de la calle Lumaco, vio un bulto que se movía en el centro de la línea, se pasó la toalla por la cara empapada de sudor, entornó los ojos para ver mejor... ¡era un niño! Desesperado movió las palancas de freno. Volvió a tirar la cadenilla haciendo sonar el estridente pito. Hombre experimentado en su oficio se dio cuenta de inmediato que ya era tarde y que ese niño, de menos de dos años de edad, que jugaba inocente en la línea, iba a ser despedazado por el tren.

Mientras tanto, allí cerca, en el canal que bordeaba la colonial ciudad, una modesta mujer lavaba la ropa; era la madre, la que absorta en su trabajo y en sus problemas, golpeaba con vigor la pesada paleta de madera, produciendo un fuerte chapoteo que le impedía oír que el tren se acercaba. De repente, movida quizás, por ese instinto que mueve a todas las madres, paró su trabajo para mirar a su hijito. Pudo ver como el tren se abalanzaba sobre él. Sin detenerse a calcular distancias corrió desesperada hacia la línea. En su carrera cayó al suelo sobre las piedras, pero se levantó y alcanzó a sacar a su hijito justo cuando el tren pasaba por el lugar.

El maquinista, suspirando, miró a la mujer que estrechaba y besaba a su niño. El tren reanudó su marcha normal. Los pasajeros que habían asomado a las ventanillas para ver qué pasaba, volvían a su interior para seguir en sus asuntos.

Doña Virginia, que así se llamaba la madre, olvidando la ropa que había dejado junto al canal, volvía a su casa con su hijito bien apretado entre sus brazos y mientras lo llenaba de besos y de lágrimas, exclamaba: "¡Dios mío! ¡Dios mío!" Recién al llegar a su casa notó que la sangre corría por su pierna; al caer se había hecho una profunda herida cuya cicatriz llevó hasta la muerte y que en más de una ocasión mostró a su hijito contándole cómo Dios le había salvado la vida.

Sí, Dios había salvado la vida de Manuel Gaete Muñoz y ¿para qué? Esta fue la pregunta, que muchas veces él mismo se hiciera.

Chillán ha sido cuna de notables chilenos. Allí nació Bernardo O'Higgins, libertador de Chile; a pocos kilómetros, en Ninhue, nació Arturo Prat, héroe máximo de la Marina de Chile. También es la cuna del pintor Pacheco Altamirano, del pianista Claudio Arrau, del tenor Ramón Vinay y de muchos otros destacados hombres que han dado prestigio mundial a Chile, en las ciencias y en las artes.

Y en Chillan nació también Manuel Gaete Muñoz. Su hogar era modesto. No conoció a su padre, pues éste había emprendido viaje a la Argentina, al igual que miles de chilenos que en esa época emigraban al país vecino en busca de mejores horizontes, pero no volvió y nunca supieron más de él. Doña Virginia se sacrificaba al máximo para sostener su hogar, esperando que un día volvería su esposo, pero no regresó. Por último tuvieron que aceptar la triste posibilidad de que haya quedado sepultado por alguna avalancha de nieve en la abrupta cordillera de Los Andes, que en ese entonces, había que cruzar a pie. Carlos, su hijo mayor, era aun un niño y pronto tuvo que alternar sus estudios con el trabajo para ayudar a su madre, a su hermano Manuel y a sus hermanitas.

Sin embargo, estuvieron a punto de ser poseedores de una cuantiosa fortuna, pero Dios tenía para ellos otros planes. A pocos metros de su casa había un almacén de barrio, Doña Virginia ayudaba allí en algunos quehaceres. Durante mucho tiempo ella barrió la vereda de tierra frente al negocio, y de tanto barrer, el suelo se fue gastando hasta que un día comenzó a aparecer algo que parecía una piedra, o un codo de raíz. Doña Virginia tropezó más de una vez con él, pero no le dio importancia. Fue el dueño del negocio quien, sentado una tarde de verano a la puerta de su almacén, fijó su vista en ese objeto extraño que aparecía en la vereda. Movido tal vez, por el deseo de impedir que sus parroquianos tropezaran en él, o por simple curiosidad, tomó un azadón y comenzó a remover la tierra a fin de quitarlo de allí. Y ¡qué sorpresa! era nada menos que la oreja de un abultado cántaro de greda repleto de escudos de oro, que sin duda, alguien en épocas pasadas había enterrado para librarlo de los indios chillanes que, en más de una ocasión, destruyeron totalmente la ciudad de Chillán y mataron a sus habitantes.

Según las creencias de ese tiempo, el que encontraba un tesoro enterrado debía irse a vivir al otro lado de un río, caso contrario, corría el riesgo de perderlo. Por esa razón el dueño del negocio se fue a vivir a San Carlos, al otro lado del río Ñuble y allí comenzó su vida de nuevo rico. Hoy ya nadie lo recuerda; ni siquiera saben su nombre.

Si doña Virginia hubiera encontrado el cántaro de greda, es posible que nunca hubiera hallado el tesoro, mucho más valioso que ella, sus hijos y sus nietos encontrarían más tarde.

CAPITULO II

Al encuentro del Tesoro Verdadero

Desde Chillán la familia Gaete se trasladó a Temuco y allí, Manuel fue matriculado en el colegio Corazón de María, gracias a la recomendación de un cofrado amigo de doña Virginia; no era fácil ingresar a esa escuela. Esto era en 1918, cuando Manuel tenía años. Nunca antes había estado en la escuela, pero en su casa había aprendido a leer y escribir, razón por la cual fue aceptado en segundo año de preparatorias y a mediados del año lo promovieron a tercero y al término del mismo lo aprobaron para cuarto. En dicho plantel usaban el sistema de enseñanza llamado lancasteriano, que consiste en que los alumnos más avanzados enseñan a sus compañeros. Como Manuel estaba entre los primeros, aparte de que contaba con una viveza excepcional para el estudio, le pasó casi todo ese tiempo haciendo de profesor de sus condiscípulos.

Fue allí en Temuco donde la familia Gaete tuvo su primer contacto con el Evangelio. Carlos, el hermano mayor, fue el primero en aceptar una invitación a concurrir a una carpa evangelística y más tarde al templo metodista. En una oportunidad se anunció que mostrarían películas con una "linterna mágica". Manuel se interesó por lo de mágico" y decidió acompañar a su hermano. La película que versaba sobre Daniel y los leones, le gustó mucho, pero el sermón de casi tres horas que entregó el predicador lo hizo quedarse dormido. Ese fue el primer paso en su vida cristiana. Para él no había sido fácil asistir a un culto de "los canutos que escupen a la virgen", como estaba acostumbrado a escuchar en la escuela católica, y más aún si se considera que su madre les tenía un verdadero terror, pues ella creía, como era común creer en esos tiempos, que en la entrada

de los templos evangélicos tenían una imagen de la virgen María en el suelo para que todos al entrar la pisaran. Cuando Manuel fue al templo metodista tuvo buen cuidado de mirar el piso de entrada para cerciorarse de si eso era cierto. Y luego en el interior del templo miró cuidadosamente las paredes para ver en donde estarían los agujeros por donde decían sus pecados los "canutos", según le habían contado sus compañeros de colegio.

Desde Temuco se fueron a vivir a Valdivia, la bella ciudad fluvial del sur. Corría entonces el año 1921. Su hermano Carlos consiguió un buen trabajo en la Empresa de los Ferrocarriles del Estado. En esa época, pertenecer a "la empresa" era cosa importante.

Cuando llegaron a la casa de la calle Simpson en que iban a vivir, lo primero que hizo doña Virginia fue elegir el rincón en que instalaría el altar, de más de dos metros de ancho, en que ubicaba sus treinta y ocho santos de los cuales; era devota. Entre sus "santos" había una imagen de un metro de alto y un cuadro de la Virgen del Carmen de casi dos metros. Todavía no desempacaban sus útiles de cocina y ya estaba ella arreglando el altar. En esos momentos llegó una vecina de apellido Flores, trayéndole un bracero encendido con el mate listo; este gesto de bienvenida de parte de una desconocida cayó muy bien en el ánimo de doña Virginia.

Más tarde supo que esa vecina era evangélica. Fueron grandes amigas y ello contribuyó al “ablandamiento” de doña Virginia frente al Evangelio.

Un día llegó Carlos acompañado de un hombre muy simpático y entre ambos convencieron a la madre para que asistiera a un local evangélico cercano. Doña Virginia aceptó y aquella noche llegó por primera vez a un culto evangélico. Se trataba de un local de la iglesia bautista. Al entrar tuvo la precaución de dar unas largas zancadas para evitar de pisar la virgen.

El predicador era el pastor Leonardo Vega, quien habló acerca de Jesús y de la salvación y no dijo ni una palabra en contra de la virgen ni de los curas; si lo hubiese hecho, recuerda Manuel, "mi madre no habría vuelto jamás a un templo evangélico", y hay que recordar que en esos tiempos era tema de predicación obligado atacar la mariolatría; a los curas y a los sabatistas.

El culto fue para doña Virginia algo muy inspirador, a tal punto que se decidió a seguir asistiendo. El pastor Vega pasaba al hogar de los Gaete constantemente. Se paraba en el hueco de la puerta y mientras doña Virginia arreglaba las flores de su altar de los treinta y ocho santos, le hablaba del Evangelio, haciendo caso omiso de la idolatría que allí se practicaba.

Manuel y sus hermanas Elba y Bella comenzaron también a asistir acompañando a su madre y cada vez se sentían más interesados. Pero los treinta y ocho santos seguían dominando en el hogar.

De vez en cuando llegaba desde Temuco un pastor bautista venido de Escocia, llamado Guillermo Mac Donald. Aunque no dominaba el castellano, su innata simpatía conquistaba a la gente que se agolpaba a escuchar su predicación. Recuerda Manuel, que a veces decía, por ejemplo: "en el año mil novecientos twenty two", y la gente no entendía ni jota, pero era tan entusiasta en su predicación, tan fervoroso y tan simpático, que resultaba agradable oírle.

Un día, al llegar a su casa, Manuel notó que el altar de los treinta y ocho santos estaba vacío. Luego sintió un alboroto en al patio y corrió a ver qué pasaba. Allí pudo ver algo extraordinario: mientras un grupo de niños subidos a la, cerca miraban asombrados, doña Virginia despedazaba las imágenes y hacía con ellas un montón en el centro del patio. Los niños le pedían que les diera algunos de los "santitos" y que no los quemara. Una vecina que, subida a un cajón, miraba alarmada lo que sucedía, le advirtió: "No haga eso doña Virginia, Dios la va a castigar". Pero doña Virginia le replicó: “Estas imágenes no tienen poder y si lo tienen ¡a ver si se salvan!” Y diciendo esto les prendió fuego. Un niño exclamó: “¡va a caer un rayo!” y todos huyeron despavoridos. Hasta Manuel estaba algo desconforme con lo que su madre hacía, pues algunas de las imágenes le pertenecían a él.

Muy pronto corrió la voz entre los vecinos de lo que doña Virginia había hecho y la odiaron, no sólo a ella, sino también a sus hijos. Algunos le creyeron con derecho a molestarles y hacerles la vida imposible. Llegaron hasta el extremo de robarles las gallinas, las que fueron desapareciendo una a una.

Un día, mientras almorzaban, sintieron ruido en el gallinero, salieron a ver y se encontraron con uno de los vecinos, un hombre alto y corpulento, se llevaba tranquilamente un par de gallinas. Como trataran de quitárselas, él se enfureció y se puso a gritar que las gallinas eran suyas y que los canutos condenados se las habían robado. Ante los gritos llegaron otros vecinos y muy pronto formaron coro con el ladrón y gritaron maldiciones contra los "herejes" y se pusieron de acuerdo para denunciarlos al juez.

Carlos, el mayor de los hermanos, fue citado al juzgado y obligado a pagar una fuerte multa. Manuel, indignado ante esta injusticia se hizo el propósito de que cuando fuese grande mataría a ese hombre que, además de robarles, los había calumniado de esa manera. Pero como al poco tiempo el ladrón murió trágicamente, Manuel se libró de cumplir tan siniestro propósito.

Fue ésa sólo una de las muchas pruebas que tuvieron que pasar. El Señor les fortalecía y la luz admirable del Evangelio fue alumbrándoles más y más. Habían hallado a Cristo y recibido la salvación, que es el más grande tesoro que el hombre puede encontrar.

CAPITULO III

Pintor de Locomotoras

Manuel, por su parte, siguió progresando en su vida espiritual. Abrió su corazón a Cristo y le recibió como su salvador. Influyó mucho en su espíritu un texto bíblico que le enseñaron en la iglesia: "No me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree" (Romanos 1:16). Pero lo que le movió a llevar su vida más cerca de Cristo fueron las palabras del himno que dice:

Cristo me ayuda por él a vivir,
Cristo me ayuda por él a morir;
Hasta que llegue su gloria a ver,
Cada momento le entrego mi ser.

¿Siento pesares?, muy cerca él está;
¿Siento dolores?, alivio me da;
¿Tengo aflicciones?, me muestra su amor,
Cada momento me cuidas Señor.

¿Tengo amarguras o siento temor?:
¿Paso tristezas?, me inspiras valor;
¿Hallo conflictos o penas aquí?
Cada momento te acuerdas de mi.

¿Tengo flaquezas o débil estoy?
Cristo me dice: "Tu amparo yo soy":
Cada momento, en tinieblas o en luz,
Siempre conmigo, está mi Jesús.

Sentado a la ribera del ancho río Calle Calle, mirando las embarcaciones que con sus variados cargamentos se deslizaban por sus quietas aguas, Manuel se sumía en profundos pensamientos. De pronto las palabras de ese himno brotaban de sus labios y sentía que Cristo estaba muy cerca de él.

A los quince años fue bautizado por el pastor Maximino Fernández y a los diecisiete nombrado ayudante del pastor.

Don Maximino pasaba la mayor parte de su tiempo fuera de la ciudad ocupado en sus intensas giras evangelísticas y la verdadera "pastora" de la iglesia en Valdivia era doña Ceferina. Ella había sido profesora fiscal en España, su patria; se casó con don Maximino en Argentina y allí se convirtieron por la predicación de don José L. Hart. Cuando los Hart se vinieron a Chile, los Fernández le siguieron con las miras de ayudar en la evangelización de esta larga y angosta faja de tierra.

La iglesia bautista de Valdivia, era muy activa, tenía nueve locales de predicación. La unión de jóvenes, con alrededor de setenta socios, era la encargada de atender esos locales. Manuel formaba parte de uno de los grupos evangelísticos que con gran entusiasmo evangelizaban la zona.

La iglesia era propietaria de una lancha de ocho metros de largo, se movía impulsada por un potente motor y en ella recorrían los poblados ribereños de los ríos Calle Calle y Valdivia. En una oportunidad la lancha fue azotada por las furiosas olas del mar en la desembocadura del río la lancha se dio vuelta y los jóvenes evangelistas cayeron al agua. Afortunadamente estaban cerca de una playa y no hubo desgracia que lamentar, pero sí muchos refriados, ya que tuvieron que pasar algunas horas empapados.

Carlos Gaete, que trabajaba en el ferrocarril, era el sostén de la familia y gracias a ello, Manuel podía continuar sus estudios. Pero ocurrió una gran inundación, el río Valdivia se salió de madre y sus aguas cubrieron todo el sector de la estación ferroviaria, en el Collico y otros lugares. Fue algo tan repentino que muchas personas no pudieron escapar a tiempo y quedaron atrapadas en sus casas y en gran peligro. Fue aquí donde Carlos, que era un buen nadador, realizó la proeza de salvar a nado a varias personas; a consecuencia de lo cual tomó una bronconeumonía que lo llevó al hospital. Como agravase, la Empresa lo envió a Santiago, donde al poco tiempo falleció. Ocurrió esto en 1927, cuando Manuel apenas se empinaba en sus 17 años.

De acuerdo a la tradición imperante en la Empresa del Ferrocarril, tocaba a un familiar ocupar el cargo que dejaba vacante Carlos y sobre todo considerando que su muerte fue una muerte heroica. Fue así como Manuel llegó a ocupar el cargo de "Cabo de Cuadrilla", o sea, encargado de vigilar el trabajo que un grupo de ocho obreros realizaba diariamente en algún punto de la línea ferroviaria. Podemos imaginar al muchacho delgado y pálido vigilando a un grupo de hombres de rostros ceñudos, de gruesa musculatura y de piel tostada y curtida por el viento y el sol.

Como ese no era un puesto apropiado para él, pronto lo trasladaron a la maestranza del ferrocarril y allí el primer trabajo que realizó fue el de pintar una locomotora recién reparada, con otro muchacho de su misma edad. Hicieron una labor a conciencia, tranquilamente, sin apuro y antes de terminar el día ya la habían pintado en su totalidad y hasta le habían agregado algunos adornos. Muy ufanos se dirigieron al jefe del taller para avisar que habían concluido, pero éste, poniendo en duda la capacidad de los novicios, exclamó: "¡Qué barbaridad habrán hecho!". Pero luego de revisar el trabajo dijo, enojado: "¡Pero eso no se hace en un día, se hace por lo menos en tres días! Ustedes al efectuarlo en un día, hacen daño a los compañeros que lo realizan en tres".

En su trabajo en el ferrocarril aprendió muchas cosas que le serían útiles más tarde en su ministerio entre obreros, especialmente en los minerales nortinos. En ello podemos ver cómo Dios lo iba preparando poco a poco para que un día pudiera desarrollar el plan que El había trazado para su vida.

CAPITULO IV

Rumbo al Ministerio

La actividad de Manuel en la iglesia iba en aumento y pronto se encontró con que el ferrocarril, con sus turnos de trabajo, le impedían servir al Señor como él deseaba y así se lo manifestó al pastor Maximino Fernández. Este le encontró un empleo en la firma comercial Ziegler e Hijos, la cual importaba y distribuía artículos de consumo habitual, tales como café, té, yerba mate, etc. Cuando el Señor Ziegler planeaba poner una marca al café en grano que distribuía, pidió a Manuel Gaete que ideara un nombre y un dibujo. Y fue Manuel quien ideó y dibujó la marca "Dos Mundos", que llevaban los sacos de café que distribuía esa firma y que los chilenos del año treinta conocimos en nuestra juventud, cuando aún no aparecían en el mercado los cafés instantáneos.

Cuando trabajaba allí tuvo una de esas experiencias que no se olvidan jamás. Ocurrió en la bodega subterránea, después de una fuerte lluvia. Tenía que inspeccionar la bodega y se encontró con que ésta se estaba inundando. Llevaba en la mano un porta lámpara eléctrico encendido y al pisar el suelo con agua recibió un fuerte golpe de corriente, lo que sin duda le habría ocasionado una muerte instantánea, al no mediar la feliz circunstancia de que al caer su cuerpo en tierra se quebró la ampolleta produciendo un cortocircuito que cortó la descarga eléctrica. Con el golpe quedó inconsciente y algunos minutos más tarde lo encontraron casi flotando en los 25 centímetros de agua a que ya había subido el nivel de la inundación. Nuevamente Dios le había salvado la vida. Y una vez más Manuel se preguntaba: ¿para qué?

Si había algo que gustaba mucho a Manuel era escuchar el armonio de la iglesia. Doña Ceferina notó el interés del joven Gaete por la música y se propuso darle algunas lecciones.

Ocho lecciones en total fue toda la enseñanza musical que recibió y luego por su propio esfuerzo comenzó a aprender algunos himnos.

Al principio solo sabía tres himnos y cuando no estaba la señora Ceferina, le pedían a él que tocara, pues no había otra persona que pudiera hacerlo. Debemos recordar que en aquellos tiempos eran contadas las personas en Chile que tenían un piano y menos aun las que sabían tocar el armonio. Para variar, en un culto tocaba tres himnos en un orden y en el próximo culto variaba ese orden, así pasaba semanas tocando los mismos tres himnos.

Un día se abrió en Valdivia una escuela vocacional nocturna la que entre otras asignaturas, contaba con las de dibujo lineal y decorativo y de música. Manuel corrió a matricularse. Le aceptaron para el curso de dibujo, pero cuando manifestó su deseo de inscribirse en el de piano, el director le miró con detenimiento, especialmente las manos redondas y toscas, los dedos cortos y apretados, y moviendo la cabeza dijo: “No tiene dedos para el piano, éste no va a poder aprender nunca”. “En esos momentos”, recuerda Manuel, “deseaba que el piso se hundiera”. Al fin lo aceptaron y… ¡el profesor no llegó nunca a hacer su clase!

El pastor Fernández miraba hacia la ciudad de Osorno y veía allí una puerta abierta hacia la evangelización, fue así como interesó al joven Gaete a dedicarse completamente a la predicación y luego a radicarse en la ciudad sureña. Manuel llegó a su primer campo de trabajo en la Obra del Señor con el optimismo pintado en su rostro, pero sin saber que un ministerio de éxito tiene que pagarse a un alto precio de sacrificio. Allí iba a tener sus primeras experiencias como ministro del Señor.

CAPITULO V

Comienzos en Osorno

Algunos años antes se habían hecho esfuerzos evangelísticos en Osorno, pero a la llegada de Manuel Gaete no existía ninguna obra bautista allí. Así es como fue él quien realmente comenzó el trabajo que culminó con la organización de la iglesia bautista en esa ciudad.

Algunos años antes, el pastor Mancilla había ido a Osorno, iniciando una obra que fue interrumpida por su muerte. Entre Mancilla y Gaete no hay enlace alguno, excepto un joven que encontró Manuel, que había cooperado con el pastor Mancilla, pero que a la sazón no pertenecía a ninguna iglesia, pues su condición moral no se lo permitía. Por los consejos de Manuel, logró arreglar su vida y más tarde se convirtió en un fiel obrero.

Desde Osorno visitaba también La Unión, en donde se formó un pequeño grupo dependiente de la iglesia de Valdivia. La Unión queda a unos 50 kilómetros al norte de Osorno y Manuel debía hacer el viaje en tren, pero a veces le era difícil conseguir los cinco pesos que costaba el pasaje y en más de una ocasión tuvo que hacer el viaje a pie. Un comerciante árabe, oyente nuevo del Evangelio, ofreció solucionarle el problema. Un día llamó a Manuel y le dijo: "Oye bastorcito, yo quiero ayudarte con los cinco besos bara el basaje", -¿Todas las semanas?- preguntó Manuel, "Sí, todas las semanas, bero tú tienes que llevarme los beines, las beinetas, las jabones y los bolvos que biden los baisanos de La Unión". Aun cuando tenía que dedicar, a veces varias horas para encontrar a los "baisanos" para entregarles los encargos, se alegró de tener esa ayuda del comerciante árabe, a quién más tarde ganó para el Evangelio junto con su familia.

Dio gran énfasis al colportaje. Era y es un convencido de que la evangelización debe ir unida a la entrega material de la Biblia al pueblo. Las palabras se las lleva el viento -lo ha dicho repetidas veces- pero las palabras escritas quedan por mucho tiempo. Una Biblia en un hogar estará predicando por años y años. Y con este convencimiento se dedicó a recorrer la ciudad de Osorno, casa por casa, ofreciendo biblias. Lo mismo hizo en los pueblos y campos vecinos. Esa labor de colportaje le ayudó a entrar en contacto con muchas personas y le abrió muchas puertas, en tal forma que llegó a tener locales de predicación en Corte Alto, Fundo Coihueco, Tegualda, San Pablo, La Unión y Río Chico. En la misma ciudad de Osorno abrieron el local principal en la calle Patricio Lynch y otros dos anexos en las poblaciones Ovejería y Rahue.

A pesar del extenso trabajo misionero que realizaba, halló tiempo para leer mucho y se hizo asiduo visitante de la Biblioteca del Liceo de Hombres, donde leyó centenares de obras.

De su ministerio en Osorno guarda muchos recuerdos, entre ellos el del consagrado hermano Meliz que, con su acordeón, viajaba a pie diez kilómetros para llegar a Osorno y asistir infaltablemente a todos los cultos, hasta que decidió venirse a vivir a la ciudad para poder asistir con toda su familia.

También recuerda a un matrimonio campesino que tenía 26 hijos, todos buenos trabajadores y por eso encontraban fácilmente ocupación en los fundos, sin embargo, eran además tan buenos comedores, que no les bastaba para el mes el tarro de manteca de veinte kilos, los cuatro sacos de papas y los tres quintales de harina que les daban, y tenían que dedicarse a comer las gallinas de los vecinos, sin pedir permiso a los dueños, desde luego. Por esa razón, no duraban mucho en ninguna parte. A ellos les gustaba escuchar la predicación del

Evangelio de parte de Manuel y es así como esa sola familia llenaba cualquier lugar de culto y como eran buenos para cantar, animaban las reuniones. Manuel los encontraba por distintos lugares, hasta que en una ocasión ellos le encargaron una docena de bombillas para el mate y Manuel se las llevó, pero no se las pagaron y no volvió a verlos nunca más.

En los campos del Sur aprendió cuatro cosas: comer a cualquiera hora, comer cualquiera cosa, comer en cualquiera cantidad y que no hay que hacerse de rogar cuando a uno le ofrecen algo de comer.

En cierta ocasión, después de haber caminado bastante con su carga de biblias y sin haber probado bocado, llegó a casa de un alemán. Lo hicieron pasar al comedor donde el dueño de casa almorzaba. "¿Se sirve un plato de comida?" -le preguntaron- a lo que él, siguiendo la muy chilena costumbre, contestó: "No. gracias", esperando que insistirían como es tradicional entre los chilenos... pero no hubo insistencia. Y tuvo que resistir el hambre que lo atormentaba mientras ante sus ojos desfilaban los apetitosos platos que el alemán y su familia se servían. ¡Oh!, exclama Manuel cuando recuerda ese incidente, "desde entonces, nunca más he dicho "no, gracias".

En sus giras por los campos del sur tenía que hospedarse en donde lo sorprendiera la noche. A veces le tocaba hogares cómodos, pero generalmente no era así. En una oportunidad le dieron alojamiento en una casa muy pobre, y estaba tan cansado, que apenas se acostó se durmió. Cuando despertó a la medianoche se encontró con que en su misma cama dormían plácidamente, cinco niños completamente sucios, dos gatos y un perro. El resto de la noche lo pasó preguntándose: ¿A qué hora amanecerá? Al levantarse la dueña de casa le

preguntó: ¿cómo pasó la noche? -"Me picaron las pulgas"- respondió Manuel, "No son pulgas -replicó la buena señora- ¡son piojos!".

En otra ocasión alojó en una cabaña en medio de la montaña. En la noche hubo de levantarse y al poner los pies en el suelo sintió que había algo blando y tibio. Encendió el chonchón y ante su asombro pudo ver que allí dormían dos señoritas. Y a la mañana pudo ver que también tenían el chiquero dentro de la cabaña.

Estos hechos nos dan una idea de las vicisitudes que nuestro joven misionero tenía que pasar en su novel ministerio. Sin embargo, todo aquello no le hizo desistir de su propósito de consagrar su vida a la Causa del Señor. No provenía de un hogar de abundantes medios económicos, sin embargo, su madre, en su pobreza había sabido mantener un hogar ordenado y limpio. Esas giras por los campos eran para él un gran sacrificio, pero las cumplía con gozo debido a su gran amor al Señor.

CAPITULO VI

La iglesia del indio Huicha

Una de las iglesias que hoy no existen fue la de Río Chico, localidad situada a 26 kilómetros al este de Puerto Montt. Esta iglesia tuvo su comienzo con un indio a quien las gentes del lugar llamaban "Huicha".

Doña Sara Montiel, una joven campesina, notó que el indio que tenían a su servicio, no iba a las tomaduras de chicha, no se emborrachaba, no fumaba, ni decía palabras feas como los demás, y por otra parte, siempre andaba leyendo un libro extraño. Pero donde su curiosidad llegó al límite fue cuando un día lo oyó cantar. Se acercó a él y le preguntó qué libro era ese que leía. El indio Huicha le mostró su Biblia, le explicó que ése era el libro de Dios y le habló del Evangelio. Cuando el indio vio que su patrona se interesaba, se ofreció para llamar a un pastor y aquella misma noche caminó los 26 kilómetros para llegar a Puerto Montt y escribir a Maximino Fernández.

Muy pronto toda la familia Montiel estaba interesada en saber más del Evangelio, todos, menos el jefe de la familia, que no quería saber nada de religión.

El pastor Fernández se interesó y encargó a su joven misionero de Osorno para que visitara el lugar. Y fué así como Manuel Gaete empezó a visitarles periódicamente. Asistían a los cultos unas setenta personas. Muchos compraron biblias e himnarios, todo marchaba muy bien, pero había un obstáculo y ése era el padre de los Montiel. Era un hombre grande y rudo, a quien todos temían y que no quería nada con la "nueva religión", como él la llamaba. Un día vio venir al joven Gaete con su carga de biblias, cansado y sudoroso, y pensó que algo tenía

que tener esa religión que hacía que la gente se sacrificara así. Ese jovencito, decía él, podría estar muy cómodo en la hermosa ciudad de Osorno en lugar de andar sufriendo por estas montañas. Sintió cierta simpatía por el valiente misionero y decidió ir al culto para escucharle, hasta que un buen día el mensaje de la palabra de Dios llegó también a su duro corazón y fue doblegado por el Espíritu Santo. La voz corrió por toda la zona: ¡Montiel se hizo canuto! Y todos corrían a ver qué pasaba en esas reuniones de los evangélicos. El grupo creció, las almas se entregaban al Señor y al poco tiempo, en sencilla pero solemne ceremonia, se organizó la Iglesia Bautista de Río Chico. El evangelio había llegado a casi todos los hogares de ese apartado lugar del mundo. Había aumentado el orden, el respetan y la alegría de vivir en todas las familias que se habían acercado al Evangelio. Tanto era así que las mismas gentes decían: "Al indio Huicha debemos hacerle una estatua, aunque sea de palo". Esta iglesia se mantuvo vigorosa por muchos años, pero más tarde los hermanos tuvieron que irse del lugar por razones de trabajo y a donde iban llevaban la semilla del Evangelio. Cuando se organizó la actual iglesia de Puerto Montt, entre sus fundadores estaba la hermana Sara Montiel, hija.

CAPITULO VII

¡Vamos a la Asociación!

Cuando hoy asistimos a las asambleas periódicas de una Asociación de Iglesias, en un templo con piso encerado, asientos barnizados, luces eléctricas, flamantes y delicados oradores y un "ambiente inspiracional", nos cuesta creer en lo que hasta hace pocos años fueron nuestras reuniones de asociación.

Por ejemplo: Se reúne la Asociación del Distrito Sur en el pueblo de Vilcún. Llegan los hermanos a caballo. En la puerta de la casa que hace de templo el portero exige a los hermanos que se quiten el barro y las espuelas. Los hermanos se quedan con sus negros ponchos de castilla y no se los quitan en toda la reunión.

Un hermano pregunta: ¿Y a qué hora van a empezar? -otro responde- "ya empezarán pus oh, que apuro tenís, no vis que al hermano presiente se le empacó la yegua y lo tiró al barro". Otro agrega: "vieran lo que parecía patas arriba en medio del gualve". "¡Buena con los huasos lesos estos que no saben ni amansar una bestia!"

Por fin entra el hermano presidente, cojeando y embarrado. Comienza la reunión.

En medio de ella don Esterlindo, un recio hombre de la montaña y valiente predicador del Evangelio, se ve obligado a quitarse los zapatos nuevos que le aprietan mucho. Un hermano bromista le amarra los zapatos con un hilo y el extremo se lo pasa al hermano portero por debajo de los bancos, éste los tira hasta coger los zapatos y los deja al lado afuera de la puerta. En este momento corresponde dar el informe al hermano tesorero.

-"Que pase el hermano tesorero", dice el presidente; pero nadie responde.

-Bueno, ¿quién es el tesorero? -Es el hermano Esterlindo, contesta uno.

-¿Y por qué no pasa a dar su informe, hermano Esterlindo?

-No puedo, hermano presidente.

-¿Y por qué no puede?

-Por qué estos diantres me escondieron los zapatos!

-No los escondimos, hermano presidente, lo que pasa es que los sacamos afuera pa'que se ventilen.

Le devuelven los zapatos y dificultosamente se los pone. Los hermanos aprovechan el tiempo para reír y charlar. Por fin se para don Esterlindo, se acomoda los lados del poncho sobre los hombros, recorre triunfante el pasillo, se para como roble frente a los hermanos y comienza a dar su importante informe:

"Hermanos: en la última asociación celebrada en Cajón lo pasamos re'bien. nos dimos un cacheteo de los buenos. Los hermanos de San José llevaron una vaquilla y dos corderos. Las hermanitas de Cajón tienen re'buena mano pa'los asaos, comimos a más no poder y sobró re'harto".

-Pero, ¿y las finanzas?- pregunta el presidente.

-¿Qué finaas?- pregunta intrigado don Esterlindo .

-Las finanzas iñor, quiero decir la plata.

¡Ah!, la plata... se busca en los bolsillos, saca un pañuelo amarillento con un nudo en un extremo en que guarda monedas y billetes, los alza victoriosamente y exclama: ¡aquí está!

Desde luego, todo en la reunión no era como el cuadro pintado aquí, sino algo más. También se cantaba ¡y con qué fervor! Se oraba y se predicaba con esa profunda convicción que nace en la experiencia del alma convertida al Señor. En esos campos se estaba formando el espíritu intensamente democrático que más tarde había de perfeccionarse en el pueblo bautista chileno.

Los hermanos, en su sencillez, sabían entregar el mensaje del Señor y el Evangelio crecía en las ciudades, en los pueblos y en las entonces impenetrables montañas del sur.

Y nunca imaginó Manuel Gaete, que un día no muy lejano, el Señor lo iba a sacar de esa hermosa tierra sureña para llevarlo a un mundo diferente, distante e increíble. Pero allí en el sur, estaba preparándose para la, gran tarea de su vida, tarea que sólo estaba en los insondables misterios de Dios.

CAPITULO VIII

Se inicia la Obra en el Norte Grande

En Chile, la obra bautista comenzó alrededor de 1880 con un grupo de inmigrantes alemanes que se radicaron como colonos en la región de Contulmo, provincia de Arauco. La primera iglesia bautista fue organizada por ellos en 1892. Según parece, el primer bautista chileno fue Wenceslao Valdivia.

En 1888 llegó a Chile el pastor bautista Guillermo Mac Donald, quien venía desde la lejana Escocia. Con estos pioneros comenzó sus trabajos la obra bautista y en 1908 se organizó la Convención de Iglesias con el nombre de Unión Bautista de Chile.

Cuando en 1917, los bautistas norteamericanos decidieron hacer obra misionera en Chile, ya hacía 37 años que los bautistas estaban predicando en este país. Los primeros misioneros norteamericanos encontraron, al llegar, varias iglesias y puntos de predicación, una Convención organizada, pastores ordenados e incluso una revista que circulaba como órgano oficial de la Unión Bautista de Chile y que hasta hoy se publica con el nombre de "La Voz Bautista". Todo ello por el esfuerzo combinado de alemanes, escoceses y chilenos.

Los primeros misioneros bautistas norteamericanos tenían cierta libertad para usar las ofrendas que recibían tanto de iglesias como de personas de los Estados Unidos. Así era como el misionero José L. Hart manejaba sus fondos a su criterio. Por ejemplo, si el dólar subía y disponía de más dinero chileno, compraba caballos, mantas, espuelas y otras cosas muy necesarias para los pastores nacionales. Esa libertad para usar los dineros no fue bien mirada por los misioneros que llegaron más adelante. Instruidos en nuevos sistemas de

organización quisieron hacer rápidos cambios y se suscitaron algunas tiranteces entre Hart y algunos otros colegas suyos.

El secretario de la Junta de Misiones Foráneas de Richmond, señor Maddry, que visitó Chile en 1937, al tener conocimiento de ese roce entre misioneros, miró el largo mapa de Chile y mostró el Norte Grande a José L. Hart y éste, que en más de una ocasión había pensado en la lejana Antofagasta, sintió que el Señor le mostraba un nuevo campo misionero, y de inmediato arregló las maletas y emprendió el viaje que le haría merecedor de ocupar un importante capítulo de la historia bautista de Chile.

En la Convención celebrada en enero de 1937, Hart llamó aparte a Manuel Gaete y le confidenció que se iría al Norte Grande y que, siendo ésa una zona tan extensa, creía que él o Fernández debían acompañarle, temiendo que don Maximiliano no aceptaría, ya que además de ser casado y con mucha familia, tenía un campo en el sur. Gaete le contestó que no podía responderle de inmediato, ya que debía consultarlo con su madre, que a la fecha se encontraba enferma. Hart le dió tres días de plazo para contestar, pero como la respuesta fuera negativa tuvo que consultar a Fernández. Para sorpresa suya, Fernández le respondió inmediatamente que sí, y lo hizo con el mayor entusiasmo, como sí hubiera estado esperando esa invitación; liquidó sus intereses en el sur y se fue a Antofagasta a trabajar en la evangelización junto a su amigo Hart. Cabe aquí agregar que Fernández había sido colaborador de Hart en Argentina y desde allí llegaron juntos a Chile.

En Antofagasta encontraron a un pastor metodista-presbiteriano que escribía artículos para La Voz Bautista, llamado Emeterio Báes y que tenía un grupo de 16 personas tanto metodistas como presbiterianas. Emeterio Báez decidió irse al sur y pidió a Hart que se hiciera cargo de ese grupo. Algunos no quisieron seguir con los bautistas porque éstos no bautizaban las guaguas, pero once de ellos aceptaron la enseñanza bautista. Al mismo tiempo Maximino Fernández hacía cultos en su propia casa, ubicada muy cerca de donde hoy se encuentra el templo de la Primera Iglesia. La obra se iniciaba con gran éxito. Fernández, dotado por el Creador de un cuerpo alto y robusto, de una voz de trueno, de una personalidad vigorosa y de gran consagración al Señor, impresionaba cuando parado sobre un banco de la plaza pública ofrecía a viva voz sus biblias y llamaba al arrepentimiento, cual un moderno Juan Bautista.

Su muerte, ocurrida repentina y trágicamente a raíz de un accidente el 3 de febrero de 1938, fue un golpe rudo para José L Hart y una pérdida tremenda para la naciente obra bautista en el norte de Chile. Ocurrió que iba en su poderosa motocicleta, una Indian de color rojo, grande y pesada, llevando en el asiento trasero a su hija Juliana. Al cruzar una calle lo embistió una camioneta; ambos quedaron heridos. Maximino fue hospitalizado y los médicos dictaminaron la amputación de una pierna, pero antes que ello se hiciera el valiente siervo de Dios había partido a encontrarse con su Señor.

A la muerte de Fernández, Hart se sintió solo y escribió a Manuel Gaete diciéndole: "No puedo continuar la obra en Antofagasta. Si usted no viene a ayudarme la entregaré a los bautistas canadienses que trabajan en Cochabamba, Bolivia. Ellos me han visitado y manifestado que desean tener una obra en Antofagasta, a donde vienen con frecuencia a descansar". Gaete no deseaba

dejar Osorno, pues temía dejar un vacío donde había una gran necesidad de predicar el Evangelio. Por otra parte, Antofagasta estaba muy lejos y él siempre había sido del sur. Pero el aprecio que sentía hacia "su" pastor Fernández, más el pensamiento de que la obra, iniciada en el Norte pudiera perderse, esa obra que había costado tantos sacrificios a esos dos pioneros, e incluso la vida de su querido pastor, pesaron más en su ánimo. Y contra viento y marea, decidió emprender el viaje al lejano y árido Norte Grande.

CAPITULO IX

Con un Plato en la Cabeza

Manuel Gaete llegó a Antofagasta el 5 de septiembre de 1938. Estuvo allí cinco días y luego salió a recorrer la gran provincia; La Sociedad Bíblica ofreció pagarle los gastos en sus giras de colportaje. Tuvo un gran éxito como colportor. En el sur había vendido un promedio de cinco biblias diariamente, pero en el norte ese promedio subió a veinte. En la oficina salitrera Pedro de Valdivia vendió en un sólo día 47 biblias. Era un día de pago, se paró a predicarles a los obreros que hacían cola frente a la ventanilla o caja y éstos al recibir su dinero lo primero que hacían era comprarle una Biblia. Gaete recuerda cómo esos obreros quemados por el sol y el salitre de la pampa nortina, tomaban entre sus manos toscas y encallecidas, esas relucientes biblias, probablemente, el libro mejor impreso y mejor empastado que jamás tuvieron en sus manos.

Lejos de su madre y de sus hermanas, muy pronto empezó a sentir la necesidad de un hogar y su pensamiento volvió a la ciudad de Talca, donde vivía la que más tarde sería la fiel compañera de su vida. La conoció durante una Convención que se celebró en Chillán. Como el templo de la Primera Iglesia de esa ciudad no era suficientemente grande pidieron prestada una carpa a don Guillermo Strong y la instalaron a pocas cuadras del templo. Gaete era el secretario de la Convención. Hacía un calor sofocante, como suele hacer en Chillán en el mes de enero. La modorra dominaba al joven secretario, pues la discusión de un asunto se había alargado mucho y daban deseos de echarse a dormir la siesta. En esos momentos hizo su entrada a la carpa una señorita. Gaete, que tenía la vista en el vacío, como mirando un punto lejano, vio la

aparición y se imaginó ver a una hermosa princesa de esas de los cuentos, pero que venía... ¡con un plato sobre la cabeza!

¿Un plato sobre la cabeza? Se despabiló de golpe para ver mejor y poder saber qué hacía el plato sobre la cabeza de una chiquilla tan bonita. Pero no, no era un plato. Era un sombrero blanco. Gaete miró y volvió a mirar a esa señorita, delgada, de cabellos negros y brillantes, facciones finas y aire de italiana. Y sin saber por qué, se dijo: ¡Con esa mujer quiero casarme yo!

Terminada la Convención, Gaete decidió aceptar la invitación de un amigo para ir a pasar unos días en Tomé, balneario de la costa del Pacífico. Para ir a ese lugar debía tomar un tren que corre para un ramal que arranca desde Chillán. Cuando iba a la estación, con sus pesados libros bajo el brazo, escuchó una vocesita angelical que le dijo: ¿le ayudo a llevar sus libros, señor secretario? Era la chica del plato.

Iba ella, como se acostumbraba en esos tiempos, acompañada de su mamá, y se dirigían precisamente a Tomé. Una vez en el tren, Manuel se esforzó por conseguir asiento cerca de su dama, pero a la madre no le agradaba mucho la idea y se sentó entre él y su hija, sin embargo, inclinándose un poco de vez en cuando, podía mirarla y cambiar con ella algunas frases. El tren se deslizaba por entre la agreste cordillera de la costa.

El azul del cielo, el verdor de las montañas y el aroma de las flores que tapizan los campos ñublensinos sirvieron de marco para ese idilio, casi sin palabras. Ella se llamaba Emilia Anfossi, era miembro de la iglesia bautista de Talca y descendiente de italianos. Entre líneas se dijeron, sin que la madre se diera cuenta, por supuesto, que habían posibilidades de hablar en serio sobre asuntos del corazón. Emilia Anfossi ha sido la compañera fiel y colaboradora infatigable de este pionero del Evangelio. Allá en el Desierto de Atacama o en el Valle de Copiapó; en los días de pobreza o de problemas, ella ha estado siempre a su lado para ayudarle a encontrar el camino conveniente.

CAPITULO X

Salvado de la muerte

Una vez bendecido con la compañía de una flamante esposa y habiéndose despedido de su madre y hermanas que quedaron en Valdivia, inició desde esa ciudad el viaje de regreso al Norte. Esta vez lo haría por mar, desde Valparaíso. Pidió al pastor de ese puerto, Isaías Valdivia, que le reservara pasajes en algún barco. Pasarían algunos días en Chillán, pues el pastor Salomón Mussiett le había ofrecido su casa. Luego pasarían a Talca a despedirse de los familiares de su esposa. Ella tenía un hermano recién operado y quería pasar a verlo. Pero todos esos planes se interrumpieron cuando llegó el aviso desde Valparaíso de que tendrían que anticipar su viaje. Rápidamente tomaron el tren y partieron directamente al puerto. Se embarcan en uno de esos barcos mixtos, es decir, que llevan tanto carga como pasajeros.

El barco llevaba un cargamento de ajo. El ajo tiene muy buen olor en una cazuela bien condimentada, pero viajar en un barco cargado de ese producto y más aún, bajo los calores nortinos, el olorcito es insoportable. Su esposa, además de flamante era algo delicada, pues venía de una familia acomodada y para ella ese viaje de "luna de miel" habría resultado más “luna de ajo” si no hubiera sido porque estaba profundamente enamorada y deseaba participar en la aventura de ir a conquistar el Norte Grande de Chile para Cristo. Sí, si no hubiera sido por eso, de allí mismo se habría vuelto.

Les tocó un camarote para cuatro personas, pero iban sólo tres. La otra persona era un joven oficial del Ejército de Salvación, quién gentilmente les cedió su lugar yéndose él a un camarote colectivo.

Ellos comprendieron que estaban en las manos del Señor el día cuando el capitán dio la noticia de que aquella noche, 25 de enero de 1939, un fuerte terremoto había destruido completamente Chillán, ciudad en la que debieron haber estado aquella noche de no haber mediado la providencia de tener que adelantar su viaje. Más tarde supieron que la casa y exactamente la pieza en que ellos habrían estado durmiendo en Chillán, y que era, una construcción de gruesos murallones de adobes, se había destruido totalmente aquella fatídica noche en que de treinta a cuarenta mil personas perdieron la vida. Una vez más Manuel Gaete vio como la mano del Señor iba con él, y ahora comprendió mejor que era porque Dios le tenía una misión para cumplir.

CAPITULO XI

En plena labor

Al llegar a Antofagasta los esperaban los esposos Hart, con quienes compartirían la misma casa. La casa de los Hart era un gran caserón ubicado detrás de la Intendencia, tenía catorce piezas y había pertenecido a un abogado muy rico que gustaba, vivir como los reyes de Francia.

De inmediato Gaete se hizo cargo del local que tenían en la avenida Argentina. Organizó una Escuela Dominical que funcionaba en la tarde, a la misma hora que en el templo católico del frente tenían el catecismo. Gaete tenía un proyector de vistas luminosas y mostraba películas a los niños. Pronto corrió la voz de que era más bonito ir al culto evangélico que al catecismo, donde sólo enseñaban rezos. Al poco tiempo los niños en lugar de entrar en el templo católico acudían a la sala de cultos. Se enfureció el cura y trató por medio de las autoridades de cerrar el local evangélico, pero no lo consiguió.

Gaete inició también una serie de cultos Al aire libre en unos pasajes cercanos al local. La gente sacaba sus sillas para estar más cómoda y escuchar la predicación y los cantos de los evangélicos. Gaete con su voz potente y clara y su buen oído para el canto hacía que la gente se interesara más.

Luego empezó a visitar el mineral de Chuquicamata, ubicado a casi tres mil metros sobre el nivel del mar. Maximino Fernández había alcanzado antes a ese lugar e iniciado cultos en casa de José T. Lobos, quien llegó a trabajar a ese mineral desde la lejana Valdivia, al igual que otros dos valdivianos: Rodriguez y Osses; los tres eran bautistas. Cuando Gaete comenzó a visitarles se hicieron también cultos en casa de doña Rosa Portillo de Moreno, donde se juntaban de

veinte a treinta personas a escuchar el Evangelio. La casa estaba ubicada en G-208 y, recuerda Gaete, que por razón de los turnos de trabajo, nunca juntaban en una reunión a todos los interesados, los que en realidad sumaban unas ochenta personas.

Otro de los lugares que visitaba Gaete era la oficina salitrera Pedro de Valdivia. Recorrió el poblado casa por casa. Encontró a tres jóvenes hijos de un miembro de la iglesia de Antofagasta. Eran ellos: Gregorio, Ignacio y Santiago Heredia. No eran convertidos, les ofreció visitarlos periódicamente y hacer cultos en su hogar. Aceptaron y más tarde se convirtieron y bautizaron. Gaete consiguió que el Sindicato le prestara su amplio salón de reuniones. Colocaba, una gran pizarra anunciando "Conferencias Evangélicas con Películas" y se juntaban hasta 250 personas a escucharle. Fue en ese mineral donde tuvo su mayor éxito como colportor, pues vendió cientos de biblias, llegando a cuarenta y siete en un solo día.

También visitó otras salitreras como Pampa Unión, Cecilia, María Elena, Coia Sur y Concepción, en la provincia de Antofagasta. Y Humberstone, Esperanza, Mapocho y Santa Rosa de Huara, en la provincia de Iquique, además de los puertos de Iquique y Tocopilla.

Más adelante elevó una solicitud a la Compañía Salitrera de Pedro de Valdivia para que le cedieran una sala para cultos. Después de mucho estudiar el asunto, la administración aceptó entregar una sala que había servido de templo católico. Dicha sala tendría que ser ocupada por los evangélicos de cualquiera denominación, y fue así como llegó a servir también a los presbiterianos y a los pentecostales. Para usarla tuvieron que llegar a un acuerdo las tres denominaciones. Primero tenían su culto los bautistas, luego los presbiterianos

y al final los pentecostales, que eran los que a veces se amanecían con sus tradicionales vigilias. Este fue el primer lugar de "cultos rotativos" que se sepa, donde, "el culto empieza cuando usted llega".

La Compañía tenía un sistema de altoparlantes que abarcaba toda la población. Gaete solicitó permiso para predicar por ellos. Llevaba discos evangélicos y realizaba programas radiales. Su voz podía ser escuchada en cualquier punto de la población.

Gustaba también predicar en la plaza los domingos y para ello llegó a un acuerdo con los de la banda musical para que "trabajaran por turno". Tocaba la banda, luego predicaba Gaete y así toda la gente que iba a escuchar la banda, escuchaba también el Evangelio. En Pedro de Valdivia llegó a contar muy luego con la ayuda del joven Gregorio Heredia, quien llegó a ser un buen predicador del Evangelio.

Gaete se dedicaba mayormente a trabajar por la pampa nortina. Hart trabajaba en Antofagasta y una vez cada dos meses, visitaba Chuquicamata para hacer cultos en inglés con los norteamericanos residentes. La salud de Hart no era muy buena, lo que le impedía salir de Antofagasta con más frecuencia.

A la oficina salitrera Concepción llegó Gaete vendiendo sus biblias, encontró a un ex metodista que era Jefe de Máquinas, quien lo invitó a su casa para hacer un culto. La señora era cristiana y Gaete fue muy bien acogido. En una ocasión solicitaron el teatro que también era el salón del Sindicato. Mostró sus películas, ofreció biblias y predicó, y como resultado hubo veinte manifestaciones de fe. La Compañía era propiedad de yugoslavos, el administrador tomó mucho interés en el Evangelio y consiguió que la Compañía accediera a construir un templo para los bautistas. Se vislumbraba así, un buen

porvenir, cuando repentinamente se dio por terminada la faena del mineral y los habitantes tuvieron que dispersarse.

Esto ocurría con frecuencia. El trabajo era muy inestable y ello impidió que la obra iniciada en diversas salitreras no permaneciera; sin embargo, las almas ganadas iban más tarde a afiliarse a iglesias evangélicas de las ciudades grandes, especialmente Antofagasta. Las obras que permanecieron firmes fueron las de Chuquicamata y Pedro de Valdivia que hoy son iglesias. En el puerto de Tocopilla Gaete encontró a una señora que se había convertido en Pedro de Valdivia. Allí se encontraba también el padre de los jóvenes Heredia. Abrió un local en un barrio muy populoso llamado "La Manchuria". Consiguieron también que les facilitaran el local del Sindicato. Reunía hasta ciento sesenta personas en sus cultos. Los hermanos presbiterianos, que tenían una obra muy antigua en ese puerto, se admiraban de que tres bautistas pudieran juntar tanta gente a escuchar el Evangelio. En Tocopilla conoció a un joven que hacía el servicio militar en la Artillería de Costa, quien se interesó mucho en las doctrinas bautistas y más tarde fue a Copiapó para que Gaete lo bautizara. Con el correr del tiempo llegó a ser un pastor bautista. Me refiero a Juan Parra Vilches.

En Antofagasta, Gaete creó y dirigió una revista evangélica de Veinte páginas que llamó "La Aurora". La publicaba mensualmente con un tiraje de mil ejemplares. Su esposa le ayudaba en las correcciones de las pruebas de imprenta, en la evangelización, en la redacción y en el despacho. La distribuían entre los nuevos hermanos y la ofrecían también a los inconversos. En ella daban a conocer las enseñanzas de la Palabra de Dios, la historia del cristianismo, las noticias de trabajos que se realizaron y la experiencia de los creyentes. Volver a su casa, en Antofagasta, era llegar a un oasis de paz y frescura. Doña Emilia, su esposa, se

encargaba de hacer que sus cortas estadas en el hogar fuesen un verdadero descanso para ese sufrido luchador.

CAPITULO XII

Helados de crema en el desierto

Los que conocen el Desierto de Atacama en el norte de Chile saben de los tremendos calores y de la desolación de su paisaje.

Uno puede viajar días enteros sin ver un árbol, un pájaro, un insecto ni tan siquiera una brizna de pasto; sencillamente porque no existen. Con razón ha sido llamado "el desierto más desierto del mundo''. En un día sin vientos el silencio es asombroso como que no hay hojas que hagan ruido al ser llevadas por el viento, ni agua que corra ni pájaros que canten.

Era una tarde calurosa del año 1939 cuando Manuel Gaete caminaba por el desierto portando sus pesadas valijas que contenían decenas de biblias y nuevos testamentos. Había salido al amanecer de la oficina Humberstone, en un camión con un grupo de obreros hasta un campamento salitrero llamado Esperanza, donde debía permanecer todo el día hasta el regreso de los obreros. Pero siendo ese campamento muy pequeño, en unas pocas horas había visitado toda la población.

Dicho campamento, como muchos otros, estaba construido enteramente con planchas de fierro. El calor del desierto hacía casi imposible permanecer dentro de las viviendas.

Decidió regresar a pie a Humberstone. Era casi mediodía. La distancia era de sólo diez kilómetros, pero diez kilómetros en el desierto equivale a un camino interminable.

Gaete era un joven robusto e infatigable. Acostumbrado a caminar con su preciosa carga de biblias, sin embargo aquella tarde iba agotado. Los quemantes rayos del sol caían verticales sobre su cabeza. No había un lugar donde tomar un poco de sombra. La aspereza del camino contribuía a cansarle rápidamente. La sed era insoportable. Había hecho mal sus cálculos, creyó que diez kilómetros no serían muchos, él los había andado muchas veces en los caminos del sur, pero había olvidado que ahora estaba en el desierto.

La noche anterior no había dormido bien. Le habían dado alojamiento en el única "hotel" de Humberstone, que tenía una sala habitación en la que dormían docenas de mineros ebrios, algunos de los cuales vomitaban dormidos y para colmo la pieza no tenía ventanas. La cama era dura y Gaete tuvo que levantarse a las cuatro de la mañana y salir a respirar aire puro, pues el ambiente del "hotel" era simplemente insoportable.

Aquella mañana había golpeado todas las puertas del poblado. de Esperanza ofreciendo sus biblias y muchas habían sido adquiridas.

El peso de las valijas aumentaba a cada paso. Seca la garganta y nublada la vista, sentía flaquear sus cansadas piernas y ya le parecía que iba a desmayar. Por un momento llegó a pensar que no iba a poder arribar a su destino, pero ya había avanzado mucho como para intentar el regreso. De su corazón nació una súplica al Señor al cual servía y de repente, allá en la lejanía aparece un bulto que se mueve en el camino. ¿Qué será? Gaete se detuvo, se secó la traspiración, entornó los ojos y haciendo vicera con la mano observó detenidamente. El bulto avanzaba lentamente a su encuentro, parecía un carrito de vendedor de helados empujado por un hombre. Sí, eso parecía, pero ¡no! no podía ser. Sin duda era el infaltable espejismo del desierto. ¡Qué locura! pensar que alguien pudiera andar

vendiendo helados en pleno desierto. ¿No estaría delirando? Manuel sabía que el Señor contesta las oraciones, pero no de esa manera ¡no podía ser!

Cabizbajo tomó nuevamente sus valijas y continuó su penoso camino. Por un momento sólo miró el ardiente polvo que pisaba, y luego levantó la vista y allí estaba aún el vendedor de helados que avanzaba a su encuentro. Incrédulo, Gaete dejó caer sus valijas y avanzó hacia lo que veía; ¡Un vendedor de helados! Sin hacer una pregunta movió su cabeza bajo el toldo del carrito para aprovechar su escasa sombra y pidió helados, y tomó uno, y tomó otro, y así hasta que ya no pudo más.

¿Qué había pasado? Era el vendedor de helados de Humberstone que todos los sábados ponía su carrito sobre el camión minero y se dirigía a Esperanza a vender su producto y ese sábado había perdido el camión y decidido hacer el viaje a pie pues el sábado era día de pago en Esperanza y muchos allí le debían dinero.

—¿Usted ha venido a pie antes?—preguntó Gaete.

—No— contestó el heladero—es la primera vez que me pasa ésto, pero creo que no lo volveré a hacer porque ¡es mucho sacrificio! —¿Y usted qué hace caminando con este calor?

Por toda respuesta, Gaete abrió su valija, extrajo una Biblia y comenzó a explicarle su misión de colportor al no poco asombrado heladero. Un momento después se despidieron: Gaete había satisfecho su sed física y el vendedor de helados continuaba su camino feliz llevando una Biblia y un mensaje que había refrescado su alma.

CAPITULO XIII

Colportor

Al llegar a Humberstone, Gaete vio una larga fila de obreros que se acercaban a la ventanilla de pagos y olvidando su cansancio físico se dirigió a ellos a ofrecerles su preciosa mercadería. Entregó una Biblia a cada uno para que la examinaran "sin compromiso" mientras esperaban su turno de pago. Los obreros las miraban algo extrañados. Muchos de ellos nunca habían tenido en sus manos un libro tan bien impreso, otros habían oído hablar de la Biblia, pero nunca la habían visto. Un obrero que parecía dárselas de líder la rechazó diciendo en alta voz, para que todos oyeran: "yo no compro este libro, porque soy comunista", a lo que Gaete contestó, y también en voz alta para que todos oyeran: "¿Y sabe usted que Carlos Marx, el fundador del comunismo, tomó sus enseñanzas de este libro?", y luego agregó: "Marx era judío igual que Jesús, este libro fue escrito mayormente por judíos y contiene casi todas las doctrinas sociales que predicó Marx". Antes que Gaete terminara su charla, ya los obreros estaban comprándole biblias.

Más tarde fue a recorrer el poblado. Una señora le dijo: "Yo soy católica", y Gaete le contestó: "Señora, este libro habla de la Virgen María", y le leyó algunos pasajes. La señora compró una Biblia. Luego pasó a la casa de al lado y dijo a la dueña de casa: "Señora, su vecina acaba de comprarme una Biblia". La señora, para no ser menos, también adquirió una. Antes de oscurecer ya había vaciado sus vasijas y un hogar le había ofrecido alojamiento y lugar para hacer un culto.

Así trabajaba Manuel Gaete. En el mineral de Pedro de Valdivia, donde algunos colportores no tuvieron éxito, él vendió treinta cajas de biblias. Un promedio de veinticinco por día. Pocos colportores tuvieron tanto éxito. Pero Gaete se sacrificaba. Por ejemplo: el ferrocarril inglés del Norte de Chile le concedía pasaje gratis en coches de primera clase, pero él prefería viajar en segunda porque allí podía vender algunas biblias.

Cuando pasaba por las plazas de una ciudad dejaba una Biblia en manos de los que descansaban allí, para que las examinaran "sin compromiso". Después de un momento las recogía y muchos adquirían una.

El mismo Gaete no puede calcular la cantidad que vendió en el Norte Grande, pero si consideramos la promesa del Señor de que su Palabra no volverá a El vacía, podemos imaginar la tremenda obra, directa e indirecta, que Manuel Gaete hizo en el Norte de Chile con su labor de colportaje.

CAPITULO XIV

En el Norte Chico

Cuando ya la obra estaba establecida en Antofagasta, Chuquicamata, Pedro de Valdivia y Mejillones y él, Manuel Gaete, había recorrido casi todos los campamentos mineros del Norte Grande, puso sus ojos en las regiones de más al sur: el Norte Chico, o sea la región comprendida por las provincias de Atacama y Coquimbo. Se trasladó con su familia a Copiapó, una pintoresca ciudad ubicada al centro de un valle. El primer valle que se encuentra con algo de vegetación viajando desde Antofagasta hacia el sur.

No pocas dificultades tuvieron para encontrar una casa donde vivir. Manuel aprovechaba la búsqueda de casa para entrar a los hogares copiapinos y ofrecer sus biblias y hablarles del Evangelio. Fue así como llegaron a casa de Antonio Urbina, quien demostró algo de interés por las doctrinas bíblicas. Tan pronto encontraron casa, Gaete arregló un local de predicación y fue a invitar a don Antonio Urbina y éste le aseguró que el domingo próximo iría con su esposa, su hija y sus dos hijos. Pero el domingo no llegó ninguno de ellos. Gaete no se desanimó y cada semana pasaba a casa de los Urbina a invitarles y la respuesta era siempre la misma: "el domingo sí que vamos a ir". Un día Antonio Urbina, algo disgustado por la insistencia de Gaete le dijo a su familia: "¡Vamos al culto para que se deje de molestar!... y fueron... y su esposa hizo manifestación de fe y también su hija. Y cuando tuvieron bautismos, ellas fueron las primeras bautizadas. Teresa, la hija, es ahora la esposa del pastor que escribe esta historia.

Desde Copiapó Gaete visitaba el fundo San Pedro, las localidades de Hornito, Tierra Amarilla, Inca de Oro, Vallenar y Potrerillos. Era éste último un mineral de cobre ubicado a 2800 metros sobre el nivel del mar. El Campamento tenía unos 5000 habitantes y era toda una ciudad. Allí encontró Gaete un zapatero que tenía una historia muy curiosa: había cambiado una mujer por un par de zapatos nuevos y la había hecho su esposa. Ese hogar fue uno de los primeros que se abrieron al Señor. Más tarde encontró otra familia que se interesó mucho en las cosas de Dios y en ese hogar estableció el lugar de cultos. En total veintidós personas fueron bautizadas en Potrerillos por Manuel Gaete. Como bautista Gaete necesitaba bastante agua para bautizar sumergiendo entera a la persona y en Potrerillos no hay ningún lugar donde encontrar suficiente agua para ello. La solución era trasladarse a un punto ubicado más al Este, donde a 3000 metros sobre el nivel del mar corría un pobre chorrillo de agua. Con sacos de arena hacían un tranque y pacientemente esperaban que se llevara la poza. Y así Gaete daba cumplimiento al mandato bíblico de bautizar al que creyere.

Para viajar a Inca de Oro había que esperar el tren que venía desde Santiago. Si había algo espantoso en el norte, era el ferrocarril. Era proverbial su lentitud. A veces paraba en las estaciones durante horas esperando que se juntara agua en los pozos que había en algunas estaciones, para poder alimentar a las sedientas locomotoras. Por Copiapó pasaban los trenes repletos de mineros ebrios o de familias que con sus niños venían comiendo, durmiendo y haciendo sus necesidades. Viajaban desde hacía ya dos o más días, bajo calores sofocantes. Pero había desde Copiapó a Inca de Oro, un microbús que hacía el recorrido dos veces a la semana. Ese microbús, si es que se le podía llamar así, era un

destartalado aparato del cual no se podía ni siquiera saber a qué marca de fábrica correspondía su motor. Era un artefacto lleno de injertos de todas las marcas. Cada dos o tres kilómetros el chofer y dueño a la vez, paraba su cacharro y se metía debajo a revisarlo. Llevaba un verdadero taller mecánico para hacer reparaciones a cada momento. El pésimo estado de la máquina, las malas condiciones del camino y el calor tremendo del Desierto de Atacama hacían sufrir tanto al pobre chofer, que cuando más tarde se trastornó, la gente aseguraba que fue su viejo autobús el que lo enloqueció.

Una noche llegó Gaete a Inca de Oro. No había hotel y no conocía a nadie. No podía dormir a la intemperie, porque si bien es cierto que en el día el calor es insoportable, en la noche, en cambio, el frío cala los huesos.

Golpeó varias puertas. Por fin abrieron una y le dieron alojamiento en una pieza junto a un enfermo. Al día siguiente se dio cuenta que se trataba de un tuberculoso.

El único local amplio que había en ese pueblo, centro minero, era el del cuartel de bombas. Lo solicitó. Se lo prestaron, pero no tenía asientos. Invitó a la población pidiéndole que cada uno llevara silla. Era un cuadro curioso ver llegar una procesión de personas portando cada una su propia silla. El local se llenó. Gaete mostró sus películas, les habló de Cristo, les explicó lo que era la Biblia, se las ofreció y docenas de ellas fueron adquiridas aquella noche.

En Copiapó era creyente el Alcaide de la Cárcel. Este ofreció a Gaete facilidades para ir a predicar el Evangelio a los presos, oportunidad que fue muy bien aprovechada por Gaete.

En una oportunidad se anunció que llegaría un profeta. Mucha gente fue a esperarlo. Se trataba de un pobre hombre que venía montada sobre un flacuchento burro y con carteles colgando que citaban pasajes bíblicos escritos con tan mala ortografía, que más bien parecían garabatos. Recorrió el "profeta" durante varios días la ciudad anunciando que en pocos días más Copiapó se hundiría si los católicos no se hacían evangélicos. Muchas personas se alarmaron pues había habido fuertes temblores últimamente. Un día el Intendente, sabiendo que el Alcaide era evangélico, lo llamó a su despacho y le dijo: "¿Qué voy a hacer con su hermano ése que anda en burro hablando contra las autoridades y asustando a la gente con sus profecías?" El Alcaide contestó que no sabía, pero que lo iba a consultar con su pastor y fue a preguntarle a Gaete. Afortunadamente el profeta se fue y el problema se acabó.

Durante los años que Gaete estuvo en Copiapó, la obra fue creciendo rápidamente. Numerosos nuevos hermanos fueron añadidos al Grupo, entre ellos algunos estudiantes de la Escuela de Minas, uno de los cuales es hoy el pastor Bautista Carlos Araya. La primera bautizada asistió más tarde al Seminario. Numerosas familias fueron ganadas en Copiapó. Muchas de ellas emigraron después a Antofagasta o a otras de las grandes ciudades, llevando el conocimiento del Evangelio que un día recibieron del pastor Manuel Gaete allí en Copiapó.

Una de las cosas que hacía difícil su trabajo era, como hemos dicho, la dificultad para movilizarse. Hoy, cuando miramos esos elegantes y confortables buses que se deslizan a 100 kilómetros por hora por esa cinta pavimentada que llamamos Carretera Longitudinal o Panamericana, cuando viajamos en esos trenes aerodinámicos con aire acondicionado y que unen las ciudades de Chile

en cosa de horas, nos parece un sueño que haya habido un tiempo en que para hacer esos mismos recorridos se necesitaran semanas y sacrificios incontables.

CAPITULO XV

A la Capital

Corría el año 1946. La Segunda Iglesia Bautista de Santiago no tenía templo, ocupaba un local anexo al Seminario en calle Argomedo. Quería tener pastor y estaba dividida: unos deseaban a un joven que había egresado recién del Seminario pero que a pesar de su juventud era intelectualmente maduro y anhelaba ser pastor de esa Iglesia. Otros querían un hombre de batalla que moviera a la iglesia y la llevara a evangelizar esa grande y necesitada ciudad que es Santiago. La lucha fue seria. Los hermanos iban a las casas de los miembros más apáticos a convencerlos a favor de su candidato. Unos decían: "queremos a Manuel Gaete como pastor porque es un hombre de experiencia, probado en la lucha, un zapador del Evangelio". Los otros decían: "queremos a este otro porque es un intelectual y tenemos que colocar a nuestra iglesia a la altura del mundo de hoy, con un pastor de gran preparación".

Llegó el día de la elección, los hermanos presentaron sus candidatos, luego oraron al Señor para que el Espíritu Santo les guiara en la votación. Se contaron los votos y Manuel Gaete había obtenido una gran mayoría. Y con ello comenzaba una nueva historia para esa iglesia.

En diciembre de ese año llegaron Gaete y su familia, que ya estaba formada por su esposa, tres hijas: Celia, Emilia y Mirian, y un hijo: Manuel. A las pocas semanas ya se comenzaban a abrir locales de predicación en Los Guindos, General Gana etc. La adquisición de una propiedad para la iglesia y más tarde la construcción de un amplio y moderno templo con cómodo departamento educacional, fue una de las importantes realizaciones materiales de sus primeros

años de pastorado. Más tarde se materializó la adquisición de una casa pastoral y la construcción de templos en los distintos barrios del Gran Santiago.

Los hermanos trabajaban codo a codo con su pastor, recorriendo las poblaciones marginales, haciendo cultos por las casas y predicando al aire libre. Muy pronto empezó a verse el resultado de la titánica labor: la organización de las iglesias de Musa, La Legua, Argomedo y Ñuñoa, la organización de locales como Dávila, José María Caro, San Gregorio, etc.

CAPITULO XVI

Escuela para obreros

Gaete fue siempre un hombre interesado la educación del pueblo. Durante su pastorado Santiago han funcionado escuelas primarias en locales de La Legua y Musa.

Cuanto planeaban crear la escuela "Anne Lassetter" en el popular barrio La Legua, un grupo de comunistas, dirigentes de los pobladores, solicitaron a las autoridades que no se permitiera el funcionamiento de esa escuela. Aunque sus hijos la necesitaban con urgencia, pero los comunistas no querían una en que se diera orientación religiosa a los niños. Fue una dura batalla que libró Gaete y de la cual salió triunfante. Las autoridades lo apoyaron y años más tarde, cuando el local se había organizado en iglesia, y ésta en forma inexplicable acordó cerrar esa escuela, fueron los mismos pobladores los que pidieron a la iglesia que no la cerraran aduciendo que mucho bien estaba haciendo a los hijos de los obreros de ese barrio.

Durante su pastorado en Osorno vio la gran necesidad de ofrecer cursos de capacitación a los jóvenes. Veía con pesar el número de jóvenes que deambulaban por las calles sin saber cómo ganarse la vida, y como a la iglesia se habían allegado algunos zapateros, mueblistas, un hojalatero, un sastre, un mimbrero y un joven que hacía escobillas, concibió la idea de crear una escuela de artesanos. Los hermanos profesionales de la naciente iglesia estaban dispuestos a ayudarle entregando gratuitamente algunas horas diarias para enseñar su profesión. Pero la falta de un local apropiado y de medios económicos para conseguir herramientas y otras instalaciones mínimas, le impidieron realizar

su plan. Sin embargo, logró crear una escuela nocturna para obreros; la primera de ese tipo que funcionara en esa ciudad. Ello fue más fácil, ya que no se requerían herramientas costosas y se podía utilizar el mismo local de cultos, y los profesores eran él, sus hermanas Elba y Bella, y dos jóvenes más.

Llegaron a tener hasta 44 alumnos. Muchas personas aprendieron a leer y escribir y a "sacar cuentas" y conocer la Biblia en esa Escuela.

Había en ese entonces, en Osorno, un anarquista famoso por sus discursos y polémicas. Este se paraba sobre un cajón en la plaza y la gente se agrupaba a escucharle con gran atención e interés, Pues era un buen orador. Sus temas eran de profundo contenido social. Hablaba de la negligencia de las autoridades, del egoísmo de los ricos, de los engaños de la iglesia católica, de la miseria reinante, etc. Un día Gaete iba pasando por la plaza cuando el anarquista despotricaba contra los curas y las autoridades y le oyó decir: "Los únicos que aquí en Osorno se preocupan de ayudar al pobre obrero, son los evangélicos que tienen una escuela para enseñarles a leer".

CAPITULO XVII

"No me pisís los callos pus gallo"

Manuel Gaete es hombre que derrocha buen humor. Su rostro parece estar hecho para mostrar siempre una amplia sonrisa. Es amante de los chistes y anécdotas. Siembre ha sostenido que el cristiano debe ser un hombre alegre, que la felicidad de la salvación espiritual debe mostrarse en un carácter y un rostro que la exprese. El sabe llorar con los que lloran, pero también sabe reír con los que ríen. Y no hay duda de que ese espíritu de buen humor que hay en Gaete, es algo que le ha ayudado a soportar los sufrimientos en los días difíciles de su ministerio.

Queremos compartir con el lector algunas de esas anécdotas que escuchamos a Gaete:

Dos hermanos muy avaros acostumbraban llegar atrasados a los cultos para evitar el tener que dar Ofrenda. Un domingo en que se había invertido el orden del culto, llegaron precisamente en el momento en que recogían la ofrenda, y como no podían volverse atrás, uno de ellos, asustado preguntó al otro: "¿Qué hacemos?", a lo que el otro respondió: "Tú te desmayas y yo te llevo afuera”?

En cierta ocasión hizo una gira por la cordillera en compañía de su amigo del alma Manasés Ulloa. La gira no dejaba de tener su lado peligroso, pues debían pernoctar a todo campo en una zona infestada de leones. Manasés Ulloa llevaba un rifle y ello les hacía sentirse seguros. En cierta parte muy solitaria de la cordillera tuvieron que atravesar un río en un pequeño bote y vieron una bandada de patos silvestres que nadaban apaciblemente. Pensaron que era la

oportunidad de cazar algunos y darse un buen almuerzo. Tomando todas las precauciones del caso se acercaron silenciosamente, y ¡pum!... pero los patos siguieron nadando como si nada hubiera acontecido. Gaete, mirando a su amigo, lo vio muy nervioso, tomó el rifle, se acercó otro poco, hizo puntería y ¡pum!... pero nada. Los patos seguían nadando y buceando con el mayor agrado. Decidieren acercarse más y ya estaban casi a punto de tomarlos con la mano cuando, de entre los arbustos ribereños, apareció un niño que llamó a los patos, éstos salieron rápidamente y se fueron con su pequeño dueño... ¡eran patos domésticos!

Aquella noche, cuando dormían al calor de una fogata, sintieron el crujir de ramas secas, luego un rugido de león. Asustados tomaron el rifle y se pararon a mirar los alrededores. En una parte del bosque que los rodeaba vieron centellear los luminosos ojos de un puma. Manasés levantó rápidamente el rifle y ¡pum!... inmediatamente se apagaron las dos lucesitas y sintieron la carrera del león que huía. Respiraron en paz. Al día siguiente cuando estaban por continuar el viaje, a Gaete se le ocurrió ejercitarse al tiro al blanco con el rifle y al disparar pudo ver como la bala, salía lentamente y a unos tres metros caía a tierra. El arma estaba completamente descalibrada.

Los primeros misioneros que llegaron a Chile tuvieron que aprender el idioma en la calle, en contacto con el pueblo. Uno de estos acostumbraba llevar una libreta donde anotaba toda frase que oía, le parecía interesante o consideraba poética y que creía podría usar en sus sermones. Luego preguntaba a sus colegas el significado de ellas. ¡Podemos imaginar las barbaridades que anotaba! Entre ellas llevaba, como muy poéticas: "Yendo pa'llá y yendo pa'cá", y "¡No me pisís los callos pus gallo!".

El misionero Culppepper estaba recién llegado. Asistió a una Convención y escuchó el informe del misionero nacional Oscar Palma en que éste solicitó ayuda económica para comprar una cabrita. Culppepper pensó: "Bueno, este hermano tiene mucha familia y seguramente necesita una cabrita para tener leche y queso y alimentar a su familia". Pero donde Culppepper quedó harto confundido fue en la Convención siguiente cuando Oscar Palma solicitó ayuda para comprar un caballo para tirar la cabrita.

El misionero Parker, recién llegado a Chile, estuvo un tiempo en Antofagasta y desde allí viajó en tren a Santiago. Al despedirse de Gaete le pidió que le enseñara un saludo bien chileno para impresionar a los que le esperaran en la Capital. Gaete le enseñó: "¡Hola gallos!". Durante el viaje, Parker repasó su saludo para no olvidarlo. En la estación Mapocho esperaban varios hermanos la llegada del tren que traía al nuevo misionero. Entre ellos estaban el misionero McGavock, y el rector del Seminario, Honorio Espinoza, los que de rigurosa etiqueta ansiaban conocer al que sería también profesor del Seminario. Llega el tren, y Parker saca por la ventanilla su flaca y larga humanidad y con la mejor de sus sonrisas saluda: "¡Hola caballos!".

El buen humor es saludable y no está reñido con el espíritu cristiano. El buen humor de Gaete es verdaderamente contagioso, y bien dice uno de sus parientes: "¡Con don Manuel no se pasan penas!".

CAPITULO XVIII

Mi personaje inolvidable

Casi todos los pastores de hoy se preparan en Seminarios que les entregan los conocimientos indispensables a su ministerio. Gaete no tuvo el privilegio de sentarse en las aulas de un seminario. Se formó en la dura escuela de la experiencia, pero lo que le faltó de estudios sistemáticos, si es que algo le faltó, lo suplió con creces su vigorosa personalidad y su espíritu autodidacta. Su conocimiento de la gente, su simpatía natural, su carácter festivo y su conversación amena, le hicieron un hombre agradable.

La gente lo busca con confianza para contarle sus problemas y él siempre tiene el consejo oportuno que ayudará a ahuyentar las angustias y los temores. Sabe dar ánimo al caído y confianza al desamparado. Muchos hay que en el consejo de él encontraron el camino de la felicidad. Es que don Manuel guía siempre hacia Dios y en Dios está la fuente de la paz. Nació para ser un ministro de Dios. Ser pastor era su vocación y afortunadamente la encontró a tiempo.

El mundo debe mucho a hombres como Manuel Gaete Muñoz, que dieron tanto para recibir tan poco. Pero no le digan esto a don Manuel, porque él rectificará inmediatamente enumerando las bendiciones de gozo y paz espiritual recibidas en su vida terrena y la gran esperanza de una vida aún más feliz junto a su amado Maestro, allá en la eternidad.

Esta historia aún no ha terminado. Don Manuel con sus sesenta años encima está en plena actividad en la obra del Señor. Las enfermedades se han estrellado en este roble de las montañas chilenas. Aun está escribiendo con honor y sacrificio la historia de su vida.

Y tú amigo lector: ¿No sientes tú también que el Señor te llama a sumarte a la fila de los que consagran su vida entera a la Causa de Cristo?

FIN

Este libro se terminó de imprimir
el 29 de Septiembre de 1970,
en la Imprenta Ebenezer de Chillán.

Se finalizó el proceso de digitalización por Andrés San Martín Arrizaga,
en Temuco, Chile, 18 de Mayo de 2022.